

El modelo de Estado dictatorial del golpe militar del 18 de julio llegó a las aulas con los procesos de depuración. Los universitarios, obligados a pertenecer al sindicato falangista SEU, lucharon por acabar con él. Las revueltas del curso 67-68 y el nuevo decreto de asociaciones del ministro Villar Palasí son el punto de partida. La protesta universitaria adquiere claros tintes políticos en 1973, que en la Hispalense se vivió con actividades culturales de agitación y sobre todo 1975, con manifestaciones multitudinarias y el legendario encierro en el Palacio de San Telmo.

La Universidad contra Franco

El movimiento estudiantil sevillano en tiempos de represión

ALBERTO CARRILLO LINARES

UNIVERSIDAD DE HUELVA

El levantamiento armado contra la II República implicó la construcción de un nuevo modelo de Estado, basado en presupuestos dictatoriales que cercenaban la libertad de los ciudadanos. Las universidades fueron limpiadas de los elementos indeseables, diseñando una institución impregnada del espíritu del Estado del 18 de julio. Con su vertical modo de entender el mundo, a los universitarios se les encuadró obligatoriamente (tras 1943) en el sindicato falangista (SEU) concebido como un recurso de socialización política. El poder político-militar articuló la vida universitaria.

Conquistada la Universidad, como si de una plaza militar se tratara, comenzaron inmediatamente los procesos de depuración con el objetivo de adaptar el Alma Máter a la nueva situación. Así quedó reflejado en la Ley de Ordenación Universitaria de 1943, que en sus art. 3º y 4º recogía:

“La Universidad, inspirándose en el sentido católico, consubstancial a la tradición universitaria española, acomodará sus enseñanzas a las del dogma y la moral católica y a las normas del Derecho canónico vigente. La Universidad española, en armonía con los ideales del Estado nacionalsindicalista, ajustará sus enseñanzas y sus tareas educativas a los puntos programáticos del Movimiento”.

Abatidas las dinámicas organizaciones estudiantiles de los años anteriores (especialmente la FUE) y bajo la alargada sombra de terror, los centros de enseñanza superior entraron en calma. En los años 50, la pérdida del miedo y la llegada de alumnos que ya no habían luchado en la guerra, favoreció la contestación en sus diferentes grados.

EN 1964 DECLARARON SU SEPARACIÓN DEL SINDICATO OFICIAL LAS FACULTADES DE FILOSOFÍA Y LETRAS, CIENCIAS, MEDICINA Y DERECHO

En 1954 surgieron en Sevilla los primeros brotes de malestar por la subida del precio del billete de los tranvías. Manifestaciones e inasistencias a clase hicieron que las autoridades policiales y académicas tomaran posiciones, máxime tras haberse volcado un tranvía. El Ministerio conminó a los estudiantes con la aplicación del Reglamento de disciplina académica, lo que se traduciría en la pérdida de la matrícula, en caso de no reintegrarse a sus clases. Poco después, a principios de 1957, la Policía Armada penetró —sin autorización y pistola en mano— en la Facultad de Derecho, con el fin de detener a un estudiante, lo que provocó la airada reacción del decano, Alfonso Cossío del Corral, quien llegó a presentar su dimisión.

Los graves sucesos madrileños de 1956 supusieron el primer gran golpe a la Universidad franquista. En Sevilla, durante los años siguientes, sólo la JEC (Juventud de Estudiantes Católicos) desarrolló mínimas actividades destinadas a fomentar la conciencia, más social que política. En breve ambas fueron inseparables: su eslogan, “Ver, juzgar y actuar”, invitaba no sólo a la reflexión sino, sobre todo, a la acción, de modo que los

cenáculos juveniles cristianos se acabaron por convertir en nidos de antifranquistas.

El objetivo inmediato del movimiento estudiantil fue siempre claro: poner fin al SEU. Pese a las sucesivas reformas, los estudiantes no hablaban de parches en la organización sino de su completa destrucción: ninguna transformación de escaparate y en la que no hubiesen participado sería aceptada. En 1964 eran ya cuatro las Facultades en la Hispalense que declararon su separación del sindicato oficial (Filosofía y Letras, Medicina, Ciencias y Derecho). En el curso 64-65 se sumó la Escuela de Peritos Industriales.

La Universidad de Sevilla se encontraba en estos momentos, junto con Barcelona, Bilbao, Madrid y Valencia, a la cabeza del movimiento disidente. Por estas fechas se detectó la presencia de estudiantes abiertamente antifranquistas, en ocasiones incluso con militancia política en organizaciones clandestinas, si bien constituían una minoría dentro de la minoría subversiva: PCE, FUDE (Federación Universitaria Democrática Española) y UED (Unión de Estudiantes Demócratas) fueron las primeras en actuar. Sus militantes, antes que nada, eran amigos y compañeros de estudios y las redes de militancia coincidían con las redes de sociabilidad. Pese a todo, todavía sólo se realizaba disidencia de salón.

EL DESPERTAR DEL LETARGO (1965-1968).

Tras 1965 la Universidad española entró en un ciclo de protesta que se mantuvo durante más de una década. Los expedientes académicos a varios catedráticos de Madrid, por su apoyo a los estudiantes, marcaron simbólicamente un punto de no retorno. El

EN LOS AÑOS 60 SEVILLA,
BARCELONA, BILBAO,
MADRID Y VALENCIA
ENCABEZABAN EL
MOVIMIENTO DISIDENTE
EN LAS UNIVERSIDADES

Ministerio de Educación, incapaz de contener el temblor, se aventuró a realizar nuevas reformas en el SEU, un cambio de traje que en nada convencía a los universitarios. El intento despolitizador de las Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE) en 1965 y sus sustitutas Asociaciones Estudiantiles (AE) en 1966, cayó inmediatamente en saco roto, pese a que sirviera para ahondar en la infiltración de cargos electos—detectada ya en el SEU— por parte de los más decididos. En este contexto se insertaron los primeros proyectos para poner en marcha organizaciones estudiantiles alternativas, como la Asociación Democrática de Estudiantes (ADES) de Sevilla en el 65-66, con presencia en Derecho, Filosofía, Medicina, Aparejadores, Industriales, Ciencias... y con miembros de procedencia ideológica diversa (independientes, comunistas, socialistas y cristianos). Varias redes dadas policiales acabaron con ella.

La madurez y buena coordinación que adquirió el movimiento a nivel nacional permitió la celebración de numerosas reuniones entre estudiantes de diferentes distritos, antesala de las llamadas Reuniones Coordinadoras y Preparatorias (RCP, las errecepés), que tenían por fin la extensión de Sindicatos Democráticos por toda la geografía universitaria española. En marzo de 1966 nacía el primer Sindicato Democrático en Barcelona. La represión y las importantes diferencias internas hicieron inviable el desarrollo de un proyecto unitario. Con todo, la enorme actividad de los diferentes departamentos del sindicato (Cultura e Información), sirvió para extender la cultura antidictatorial.



Intervención de Felipe González en la Facultad de Derecho de Sevilla el 30 de enero de 1976.

El curso 67-68 representó para la Hispalense un cambio sustancial en la historia de sus revueltas. Las movilizaciones registradas al calor de la celebración en Sevilla de la VI RCP (febrero-marzo de 1968), con la policía en los talones, fueron contenidas con métodos policiales y un expediente académico colectivo a 23 estudiantes de 8 centros, lo que aparentemente apaciguó el ambiente. En realidad la represión dio alas a las posiciones más radicales. El mayo que fue en marzo auguró el porvenir. Los efluvios del 68 francés y las influencias culturales internacionales (música, teatro, filosofía, moda...) no hicieron sino dar oxígeno a los gauchistas sevillanos. Marcuse o el grupo musical de los Smash representaban ese espíritu. Una nueva etapa había comenzado.

ATOMIZACIÓN DEL MOVIMIENTO (1968-1972). Las movilizaciones acaecidas en 1968 hicieron saltar las chispas en el interior de un movimiento social demasiado heterogéneo. La primera consecuencia fue el derribo de la frágil organización universitaria del PCE y la llegada a Sevilla, tras el verano del 68, del pensamiento maoísta—el PCE (I)— a través de varios estudiantes que habían abandonado el proyecto carrillista, con la consiguiente radicalización ideológica y táctica. Sus consecuencias no se hicieron es-

perar y en la misma inauguración del curso 68-69 una lluvia de tomates y bombas fétidas cayeron sobre el estrado en el que se encontraban los cargos académicos, bajo los gritos de “faltan veintitrés, fuera, fuera”, “fuera los fascistas de la Universidad”, “Libertad, libertad”. Paralelamente, la retórica obrerista inundó los discursos estudiantiles y los enfrentamientos frontales con las autoridades ganaron terreno. Con ocasión del nuevo decreto de Asociaciones (1968), impulsado por el ministro Villar Palasí, se difundió un texto titulado “Sr. Palasí: no somos idiotas”, en el que se leía:

“Ya tenemos pues libertad de asociación. (...) Esto es, la ‘libertad’ que ya existe en la sociedad española nos la dan ahora. Estudiantes, demos las gracias.

Pero los estudiantes no somos idiotas, y su caradura no nos engaña Sr. Payasín (perdón, Palasí) (...)

Los estudiantes tenemos una experiencia muy clara sobre lo que es la Universidad porque la sufrimos. Sabemos que los retoques no cambiarán esa realidad. No, Sr. Palasí, sus ‘nuevas’ ideas no nos engañarán: los estudiantes no somos idiotas (...). Los estudiantes impondremos la libertad ejerciéndola. Impondremos la democracia en la universidad, les guste o no a los Ministros (del ministerio que sea), a los jerifaltes académicos a la prensa vendida”.



AHMS - Gelán

Carga policial en la calle San Fernando, junto al edificio central de la Universidad. 28 de marzo de 1968.

La situación universitaria justificó para el gobierno la declaración de un nuevo estado de excepción en 1969, emprendiendo una dura ofensiva policial con la que fueron minadas las débiles organizaciones universitarias. Superada una fase de cierto retraimiento, desde 1970 surgieron actualizados motivos de protesta, comenzando por el rechazo a la Ley General de Educación, el Proceso de Burgos o los nuevos Estatutos de la Universidad. En este estado de agitación, Manuel Clavero Arévalo sustituyó a Calderón Quijano en el sillón rectoral (1971).

Fracasado el proyecto de los Sindicatos Democráticos se puso en práctica un sistema de participación más asambleario, los Comités de Curso. La conflictividad vivida en la Universidad fue en aumento y así en 1972, en un contexto de huelga en varios centros, llegaron a actuar piquetes de acción directa que boicotearon las clases (Filosofía), lo que dio lugar a un expediente colectivo que afectó a militantes del PCE, la JUR (Juventudes Universitarias Revolucionarias, filial del PCE (I) y antecedente inmediato de la Joven Guardia Roja, nacida en 1973), PSOE, así como a estudiantes no organizados. Poco a poco el mapa orgánico se hizo más complejo y la utopía de un movimiento unitario se presentaba cada vez más lejana. Paralelamente comenzaron a activarse las respuestas de los bachilleres y Profesores No Numerarios (PNN).

La sacudida a escala nacional de 1972 llevó al gobierno a intensificar las medidas represivas. En octubre el Consejo de Rectores remitía un escrito con las normas a cumplir por los centros universitarios. Entre otras peticiones señalaba:

“1. Se procurará exigir el carnet para el acceso a los diversos centros universitarios. Sería deseable la tendencia a asegurar que en cada uno de dichos centros no estén presentes más que los alumnos del mismo.

2. Ninguna asamblea puede ser autorizada. La ilegalidad de la asamblea nace de su misma naturaleza, ya que no se encuentra prevista en precepto alguno.

6. Las alteraciones de orden público o los insultos al Jefe del Estado así como los actos de subversión que no puedan ser corregidos directamente por las autoridades académicas, carente de medidas para ello, corresponden a la autoridad gubernativa y fuerzas de orden público, las cuales actuarán, bien a petición de los Rectores y Decanos o bien

por propia iniciativa cuando la urgencia del caso lo requiera. No es preceptiva la autorización de entrada en edificios universitarios en tales casos”.

LA FASE ULTRAPOLÍTICA (1973-1977).

A partir de 1973 la protesta universitaria adquirió forma de querrela claramente política: si hasta entonces en la exposición de las reivindicaciones se había intentado mantener una fachada sindical o académica, con posterioridad los componentes políticos se hicieron manifiestos, momento en el que proliferaron organizaciones que cubrían un amplio espectro ideológico. A las ya clásicas (PCE, PCE (I)-JGR, PSOE), se sumaron otras de nueva implantación: AC, LCR, LC, OMLE—con su sección universitaria, los Comités de Lucha Estudiantil (CLE)—, OCE (BR), Partido Carlista y sus Grupos de Acción Carlista (GAC), ASA, MCE, PSP, ORT, la renacida CNT o unas fantasmales Acción Democrática y República Democrática en Andalucía Occidental (RDAO). Las paredes de todos los centros se convirtieron en verdaderas sopas de siglas políticas.

Tal y como ocurrió en momentos anteriores, a mayor radicalidad, más empatía con el movimiento obrero. La presencia de tres militantes de CCOO de Sevilla entre los procesados en el 1001 (Saborido, Soto y Acosta) impulsó las muestras de apoyo entre los estudiantes. Por otro lado, el diseño de nuevos Planes de Estudio sirvió para canalizar el descontento universitario. Inesperadamente, la Ley de Se-

A PARTIR DE 1973, LA PROTESTA UNIVERSITARIA, HASTA ENTONCES CON FACHADA SINDICAL Y ACADÉMICA, ADQUIRIÓ FORMA POLÍTICA



AHCCO-A. Ruiz Benavides

Multitudinaria asamblea en la antigua Fábrica de Tabacos, apoyo a la huelga general convocada el 12 de noviembre de 1976.

lectividad (1974) se convirtió en una bomba de relojería en el seno del franquismo.

La respuesta gubernamental por las movilizaciones habidas en España no se hizo esperar: en junio de 1973 asumía el Ministerio de Educación uno de los hombres duros del régimen, Julio Rodríguez que con su política de *big stick* y el estrafalario calendario juliano (el curso comenzaba en enero) procuró domar la presión universitaria. Fue en vano y su suerte política estuvo unida a la vida de Carrero Blanco. Su sucesor, Martínez Esteruelas, lo intentó con medios más sutiles (el decreto de participación), tratando de encauzar el siempre insatisfecho asunto de la representatividad.

Las acciones de masas se combinaron en la Hispalense con respuestas de baja intensidad, por medio de actividades culturales de agitación (recitales, conferencias, teatro, revistas, carteles murales...). Los últimos años del franquismo fueron especialmente fecundos y publicaciones como *El Ladrillo*, *Ventor Libre*, *Revista informativa de los alumnos*, *RAC*, *San Telmo*, etc., recorrieron los pasillos universitarios. La actividad cultural se completó con la eminentemente política (propagandística y orgánica). La creación en París de la Junta Democrática (1974), liderada por el PCE, hizo aflorar sus correspondientes secciones universitarias.

El panorama estaba altamente politizado, situación que explica por qué la caída de varios estudiantes de Medicina (de la Liga Comunista) provocó una cascada de respuestas

multitudinarias en Sevilla que incluyó un legendario encierro en el Palacio de San Telmo (1975). Las posteriores Jornadas de lucha o la celebración del primer aniversario de la Revolución de los Claveles (que se saldó con una fortísima intervención antidisturbios), fueron manifestaciones de esa ultrapolitización. Con textos como el siguiente se convocaba en Filosofía a la conmemoración por la Revolución de los Claveles portuguesa:

Más información

- **Álvarez Cobellas, J.L.**
Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970). Siglo XXI. Madrid, 2004.
- **Carrillo Linares, A.**
Sesentayochistas domésticos: La VI reunión coordinadora preparatoria del Congreso Nacional de Estudiantes (Sevilla, 27 de febrero- 2 de marzo de 1968), en Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. t. IV. Andalucía contemporánea (p. 335-351). Cajasur. Córdoba, 2003.
- **Hernández Sandoica, E.; Ruiz Carnicer, M y Baldó Lacomba, M.**
Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil. La Esfera de los Libros. Madrid, 2007.

“R.I.P.A. 1^{er} aniversario

Rogad por el alma de la dictadura portuguesa y el poder de sus tiranos Salazar y Caetano. Muertos por el pueblo y las Fuerzas Armadas.

Asistamos todos al funeral en el patio de filosofía 11'30”.

El apoyo de parte del sector docente reforzó la convicción estudiantil e incluso se llegó a hablar en 1975 de los aprobados generales políticos. Frente a ellos, se puso en marcha una reacción de orden que, con mano dura, trató de poner a flote un barco a la deriva. El rectorado de Manuel Suárez Perdiguero representó un querer y no poder, situación en la que se produjo la muerte de Franco, momento en el que a una treintena de estudiantes no se les permitía el acceso a la Universidad. Por otro lado, los intentos por reorganizar el Sindicato Democrático por parte de la JGR chocaron de nuevo con las diferencias en el interior de un movimiento estudiantil que en breve comenzó a desmovilizarse.

Los valores culturales que se extendieron entre los estudiantes sirvieron para nutrir algunos movimientos (feminismo, ecologismo...) e impregnaron la transición política. Bien como fuerza de choque, bien como espacio de formación intelectual, el movimiento estudiantil desarrolló un papel fundamental en el desgaste de la dictadura y en la formación de importantes élites dirigentes siendo la Hispalense especialmente fecunda en este sentido. ■